

acontecido á la compañía que iba á la vanguardia, retrocedió á la hacienda de San Lorenzo, donde puso en conocimiento del general Marquez lo que acababa de suceder.

La situacion del ejército imperialista era verdaderamente crítica. Los instantes eran preciosos, y D. Leonardo Marquez trató de aprovecharlos. Sin pérdida de momento dispuso la marcha de la division, y á las cuatro de la mañana del día 10 emprendió la retirada hácia Méjico por el camino de Calpulalpam. Con objeto de ocultar á las fuerzas republicanas el sendero que llevaba, dispuso que los carros en que estaban las municiones, marchasen por el camino de Otumba, mientras él, con sus tropas, se dirigió, por la derecha de su posicion, hácia el de Calpulalpam, como queda referido.

A la misma hora en que la division imperialista emprendió su marcha, el general republicano D. Porfirio Diaz se hallaba visitando el campamento del general Guadarrama, y esperaba la luz del día para hacer un reconocimiento á su frente. Pocos instantes despues recibió un parte del general de día, avisándole que el ejército imperial se había puesto en movimiento. Inmediatamente se pusieron en actitud las columnas de caballería del general Guadarrama, y al asomar el primer albor de la mañana, se desprendieron escalonadas.

Entre tanto las tropas imperialistas continuaban marchando sin verse molestadas; pero á las cinco de la mañana, cuando llegaban á la entrada de la sierra, se dejó

1867. ver la vanguardia de las fuerzas republicanas. Una hora despues, las tropas de D. Leonardo Marquez que marchaban por terribles desfiladeros,

se encontraron con una estrecha y profunda barranca que se halla á corta distancia del pueblo de Calpulalpam. El puente de que se hacía uso para pasarla, estaba casi destruido por una de las partidas republicanas que se hallaban en los alrededores cuando Marquez salió de Méjico para Puebla. Sólo quedaban de él tres vigas. Parte de la division pasó por ellas despacio y con dificultad; pero no era posible poder pasar la artillería sin hacer previamente las reparaciones necesarias al efecto, para lo cual hubiera sido preciso que el general Marquez hubiese contado con un tiempo que realmente le faltaba, pues la más leve detencion podía ser causa de verse alcanzado en su marcha por las fuerzas republicanas. Además, el camino que la division tenía que seguir salvada la barranca, era estrecho y escabroso, por el cual sería casi inútil esforzarse en pasar la artillería, que al fin tendría que abandonar á corta distancia de aquel sitio, aprovechándose de ella el ejército liberal. Pensando el general D. Leonardo Marquez todas estas consideraciones, resolvió inutilizar todas las piezas de artillería, y al efecto mandó arrojarlas al fondo de la barranca, así como las municiones.

Mientras se ejecutaba esta operacion, se presentaron las fuerzas republicanas por la retaguardia. Esto produjo grande confusion en los que aún no habían pasado la barranca y se ocupaban en arrojar las piezas. Una de las granadas, al caer al abismo entre los demas proyectiles, dió contra una roca, y haciendo la explosion, incendió los cajones de pólvora que estaban en el fondo, produciendo un espantoso ruido, que introdujo el mayor desorden en las fuerzas imperialistas. En esos momentos de conflicto

y de angustia, llegaban las tropas republicanas, acometiendo por todas partes á la retaguardia de sus contrarios. Por fin la division imperialista logró pasar al otro lado de la barranca, despues de haber perdido la mayor parte de los batallones de Ixmiquilpan y de Tlalpam que, siendo los que iban á la retaguardia, fueron cortados por la caballería del general Guadarrama.

Una vez pasada la barranca, los húsares y la caballería de Quiroga se dispusieron á disputar el paso á sus contrarios, dando así tiempo á que se formara la infantería y continuar en órden la retirada. Empezada ésta, las fuerzas republicanas, que se habían detenido tambien en la barranca por la misma dificultad que las imperialistas, lograron al fin pasarla, y continuaron en persecucion de sus contrarios. El coronel Kodolich, que mandaba la caballería austriaca, y el coronel mejicano D. Julian Quiroga, que se hallaba á la cabeza de los ginetes de la frontera, al ver cerca á las fuerzas republicanas que iban en alcance de la retaguardia, se detuvieron dándoles frente, obligándoles con una terrible carga á retroceder á considerable distancia. Sosteniendo otros diversos combates de la misma naturaleza, continuó su marcha la division hasta un pueblo pequeño, cercano á Texcoco.

El general D. Leonardo Marquez, teniendo notable y justa confianza en los jefes que se hallaban al frente de los cuerpos, y muy especialmente en el valor y prendas militares del coronel D. Luís Arrieta, encargado de la division del estado mayor, se separó allí de sus tropas y se dirigió á la capital que sólo distaba ya nueve leguas, con el fin de preparar sin pérdida de momento su defensa. La

vista de una fuerza de caballería republicana que se hallaba en las inmediaciones del pueblo de Tepetaxtoc y que supo pertenecía á la division del general Guadarrama, le hizo temer más que la capital fuese atacada en el acto que entrase la columna imperialista, y quiso poner la ciudad en estado de resistir el ataque que las tropas unidas de D. Porfirio Diaz, de Guadarrama, del coronel don Jesús Lalanne y otros jefes intentasen.

1867. Puesto en camino para la capital con el general segundo en jefe D. Miguel Andrade, los oficiales de estado mayor, el 5.º regimiento de caballería y algunos piquetes de otros cuerpos, llegó á ella á las once de la noche, cuando la mayor parte de los habitantes de la ciudad se habían retirado ya á sus casas. La sensacion que entre las familias conservadoras causó su llegada á aquella hora inusitada, sin sus tropas, fué profunda. Con la rapidez del rayo circuló por toda la poblacion la noticia de que había sido derrotado y que sólo se había salvado él con los pocos con que entró en la ciudad. Los adictos á la causa republicana dieron las proporciones más gigantescas al descalabro sufrido por los imperialistas, y la consternacion se apoderó de los adictos á la causa del imperio.

La situacion en que se hallaba la division imperialista al separarse de ella el general D. Leonardo Marquez con el objeto expresado, era crítica; pero el valiente coronel D. Luís Arrieta supo mejorarla, reorganizando prontamente las fatigadas tropas, y alentándolas con su palabra y con su ejemplo. Inteligente y activo, previno al coronel Kodolich que se pusiese de nuevo á la cabeza de

su brigada, y dió orden al teniente coronel Treviño de que con el 2.º regimiento de caballería de la frontera cubriese la retaguardia de la columna. Puesta esta de nuevo en marcha, continuó su retirada hácia Texcoco. El orden se había restablecido en las filas, y los soldados recobraron su serenidad. Sin encontrar dificultades en su paso, llegó la division al pueblo de Chimaluacan á las nueve de la noche, sin haberse detenido en su marcha más que un instante para descansar. A las doce de la misma volvió á hacer alto en el pueblo de la Magdalena con objeto de tomar algun alimento; pero no encontrando nada con que satisfacer su necesidad, volvió á seguir su marcha, dejando abandonado uno de los cinco obuses de montaña que habiendo caído en una barranca no creyó conveniente detenerse á sacarla cuando las circunstancias exigían la pronta llegada á la capital.

1867. La division, aunque sin comer y fatigada
Abril. con una marcha de las más largas, sentía renacer sus fuerzas á medida que se acercaba á Méjico. En Santa Marta, el coronel D. Luís Arrieta dispuso que su columna en vez de seguir el camino de Mejicalcingo, tomase el del Peñon Viejo. Esta medida revelaba la prudencia y prevision de aquel pundonoroso militar. Siguiendo la ruta indicada, la columna llegó frente á la capital á las ocho de la mañana del día 12. Inmediatamente envió el coronel D. Luís Arrieta un aviso al jefe de la plaza, poniendo en conocimiento de él su llegada, y pidiéndole que se formase un puente provisional para que la tropa entrase, pues el que existía frente á la puerta de San Lázaro, había sido destruído.

Dispuesto inmediatamente todo, la columna entró en la capital á las doce del día formando una fuerza de mil seiscientos hombres de las tres armas, en medio de un numeroso concurso que quedó sorprendido de ver un número de tropas que no esperaba, pues, como he dicho, había circulado la noche anterior la voz de que, á excepcion de D. Leonardo Marquez y la fuerza de caballería que con él llegó, toda la division había perecido.

La expedicion en auxilio de la guarnicion de Puebla costó á las tropas imperialistas salidas de Méjico, mil doscientos hombres, trece piezas de artillería, y todas las municiones.

Pocos momentos despues de haber entrado las fuerzas del imperio en la capital, se dejaron ver al frente de ella las tropas de D. Porfirio Diaz. La ciudad se vió cercada por todas partes del ejército republicano, que desde ese mismo día estableció el sitio de ella.

La plaza sólo contaba con cuatro mil quinientos hombres, y, por lo mismo, era imposible ya que D. Leonardo Marquez pudiese marchar en auxilio del emperador.

1867. Dentro de la ciudad de Querétaro se ignoraban estos acontecimientos y se continuaba esperando verle aparecer con fuerzas respetables en socorro del ejército sitiado.

Sólo las tropas sitiadoras sabían que sus contrarios no podían recibir ya refuerzo alguno.

El general en jefe republicano D. Mariano Escobedo supo el día 13 de Abril la derrota sufrida por la division de D. Leonardo Marquez, y su regocijo, así como el de todo el ejército que sitiaba á Querétaro, fué grande. Sin

embargo, temiendo que si los sitiados llegaban á saber lo acaecido, hiciesen una salida desesperada, no quiso que se solemnizase, por entonces, aquel acontecimiento, reservándose celebrarlo cuando se hallase de vuelta el general Guadarrama con sus cuatro mil ginetes.

Entre tanto en la plaza se iban agotando los recursos; los pocos víveres que en ella existían habían subido á un precio fabuloso y el hambre se dejaba sentir de una manera marcada en la clase pobre. La situacion de las fuerzas sitiadas era verdaderamente penosa; y aunque desde el general D. Miguel Miramon hasta el último soldado estaban animados del más bélico entusiasmo, no era posible que faltase alguno en todo el ejército, que, desesperanzado de que llegase á la plaza el auxilio que sus defensores esperaban; viendo aumentarse diariamente con nuevas fuerzas las filas sitiadoras mientras disminuían por las enfermedades y las heridas las imperialistas; notando que se agotaban las municiones y que empezaban á desarrollarse las enfermedades consiguientes á un prolongado sitio, no es extraño, repito, que en vista de esas calamidades, opinase alguno que se debía entrar en convenios con el general sitiador. Uno de los que creía que era conveniente dar los pasos para celebrar un arreglo, era el coronel D. Silverio Ramirez, y de la misma manera opinaba el comandante Adame, hermano político suyo. Dominados por esta idea, dirigieron el 19 de Abril una carta al general D. Tomás Mejía, suscrita por ambos, en la cual, despues de pintarle el estado crítico que la plaza guardaba, le decían que hablase al emperador, valiéndose de toda su influencia, á fin de inducirle á que entrase en

1867 tratados con el general en jefe del ejército
Abril. sitiador, por no ser posible ya que se sostu-
viera el imperio en Méjico.

El general D. Tomás Mejía vió con disgusto el contenido de la carta, y la envió á Maximiliano con el coronel Rubio, sin entrar en explicacion ninguna, manifestando únicamente que no iba en persona por hallarse bastante enfermo.

El emperador experimentó un profundo disgusto al ver la peticion de los dos individuos que firmaban la carta. El general D. Miguel, á quien se la enseñó, se indignó en extremo contra ellos; y todos los que tuvieron noticia del hecho, manifestaron su desaprobacion.

El emperador, prefiriendo obrar por los generosos impulsos de su corazon más que por las severas leyes del código militar, se contentó con hacerles arrestar, ordenando que se les abriera un juicio cuando las circunstancias lo permitieran (1).

A las tres de la tarde del mismo día 19 en que los dos individuos que firmaban la carta pintando la aflictiva situacion de la ciudad, fueron arrestados, llegó al campamento sitiador el general Guadarrama con sus cuatro mil

(1) El príncipe de Salm Salm dice en sus *Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, que trece oficiales más firmaron la carta; pero como no pone los nombres de esos trece ni fueron arrestados más que los dos jefes expresados, es de creerse que el príncipe de Salm Salm sufrió una equivocacion; pues á haber sido quince los comprendidos en la peticion, Maximiliano habría mandado arrestar á los quince, sin hacer distinciones, dejando á los jueces obrar en conciencia.

ginetes, de vuelta de la expedición contra el general don Leonardo Marquez. Las dificultades de los sitiados para obligar á levantar el sitio á sus contrarios eran, pues, cada vez mayores. Estaban encerrados en un círculo de cañones y de bayonetas difícil de romper. El emperador de Austria, hermano de Maximiliano, tenía noticia de que éste se hallaba sitiado por un numeroso ejército republicano, y temía su captura. Afligido por la terrible idea de que si caía prisionero le quitasen la vida, dió orden á su ministro en Washington, conde de Wydenbruck, de que suplicase al gobierno de los Estados-Unidos interpusiera su influencia con D. Benito Juarez, á fin de que si llega-

1867. ba á caer en poder de los sitiadores no se le
Abril. fusilase. El conde de Wydenbruck, cumpliendo con las instrucciones de su soberano, dirigió el día 5 de Abril una nota al ministro norte-americano Mr. Seward, que decía así: «El emperador de Austria, »mi buen soberano, ha sido informado de que su hermano »está sitiado en Querétaro por los liberales. La suerte de »los prisioneros, despues de la batalla de Zacatecas, pone »en inquietud al emperador por la vida de su hermano, si »cae en las manos de los liberales.

»Yo recibí ayer un telégrama de mi córte, en el que se »me dan instrucciones para hablar del asunto con el señor »secretario de Estado, y ver si estaba Vd. dispuesto á usar »de su influencia con Juarez, para inducirle á que respete, »en tal eventualidad, la persona del hermano del emperador. Por supuesto, que tal intervencion amistosa, beneficiaría también á los otros prisioneros eventuales, particularmente á los extranjeros.

»Nosotros no dudamos de hacer á Vd. esta petición, »señor Secretario, no sólo porque tenemos confianza en la »amistad del gobierno americano, sinó porque este gobierno »no parece que tiene un derecho para exigir de Juarez que »respete á los prisioneros de guerra, pues en una gran »parte, el partido liberal de Méjico debe su actual suceso »al auxilio moral del gobierno americano.»

Mr. Seward contestó el día 6 al representante de Austria en Washington, diciéndole que, con la aprobación del presidente de los Estados-Unidos, había transmitido en aquella mañana, por el telégrafo, un despacho á Mr. Campbell, ministro norte-americano cerca del gobierno de D. Benito Juarez, y otro á D. Matías Romero, ministro plenipotenciario de Méjico en Washington, con respecto á la emergencia temida. Con efecto, en la mañana del día 6 dirigió una comunicacion á Mr. Campbell en que le decía: «Parece probable la captura del príncipe »Maximiliano en Querétaro, por los ejércitos liberales de »Méjico. La severidad que se ha dicho fué ejercida con los »prisioneros capturados en Zacatecas, excita el temor de »que se ejerza una severidad semejante en el príncipe y »sus soldados extranjeros. Semejantes severidades serían »perjudiciales á la causa nacional de Méjico, y al sistema »republicano en todo el mundo.

»Comunicaré Vd., pues, al presidente Juarez, prontamente y por medios eficaces, el deseo de este gobierno, »de que en caso de ser capturado el príncipe y sus partidarios, reciban el tratamiento humano concedido á los »prisioneros de guerra.»

Recibida por Lewis D. Campbell estas instrucciones,